

# Lecciones Magistrales

AIE

ARTISTAS INTERPRETES O EJECUTANTES  
Sociedad de Gestión de España



Artistas invitados:

*Josep Colom, Ileana Cotrubas, Ana Bela Chaves,  
Piero Farulli, Mauricio Fuks, Ralph Gothoni,  
Bruno L. Gelber, Lorin Maazel, Herbert Mayr,  
Yehudi Menuhin, Boris Pergamenschikow  
Joshep Silverstein, Renata Scotto, Rosalyn Türek.*

MADRID, 1998-99



IBERIA



el melancólico y el plenamente sereno a lo largo de la invención melódica y el discurrir polifónico. En conjunto esta obra —lejana ya de los primeros conciertos salzburgueses pero también del gran tríptico de las últimas sinfonías— justificaría las palabras de Goethe a Karl Friedrich Zeller: “Se diría que después de Mozart nadie debería tener derecho a componer.”

W. A. MOZART

Sinfonía núm. 40, en Sol menor, KV 550

Compuesto en Viena, el año 1788, el formidable tríptico de las sinfonías núm. 39 en Mi bemol, 40 en Sol menor y 41 en Do mayor, denominada “Júpiter”, anuncia la vecindad de un tiempo nuevo. Aviso de futuro que Mozart lleva a cabo con intacta pureza pues ni siquiera en estos tres monumentos orquestales que semejan integrarse en uno solo, puede advertirse, como hizo notar Massimo Mila, apriorismo ideológico ni enmascaramiento. Todo es natural o, como poetizara nuestro Luís Cernuda, “la música misma”. Si en la Sinfonía en Mi bemol nos llegan ciertos tintes oscuros y dramáticos del Mozart de *Don Juan*, la núm. 39, en Sol menor, navega por las aguas de una melancolía sin pesimismo. Ya en el comienzo, lo melancólico se define en la fisonomía del tema que canta comedido sobre el batir de las violas sostenidas por lo bajos. El carácter permanece durante todo el movimiento con su juego de soluciones tratadas con radical simplicidad que no empece alguna dosis de complejidad. Como si quisiera negar complacencia al lirismo, el *Andante* acusa una no frecuente austeridad, mientras el *Menuetto*, sin contradecir la tradición, se alza con extraordinario vigor para continuar, a través de relaciones temáticas de base, en un final, *Allegro assai* de talante beethoveniano y admirable continuidad moduladora y contrapuntística.

Una imaginación y una vitalidad como las de Lorin Maazel consiguen poner en total evidencia los pentagramas definitivos de Mozart, “genio musical de la luz”, según escribiera Wagner, tan superlativo que merece el hermoso ditirambo de Henri Ghéon: “Sería necesario olvidar a Mozart para volver a querer a todos los demás”.

ENRIQUE FRANCO